



LECTURA ORANTE ° DOMINGO DE PENTECOSTÉS (A)

Domingo 28 de mayo de 2023
Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu
y todos hemos bebido del mismo Espíritu.
Juan 20,19-23

1. Oración inicial

Dios, Padre nuestro,
te pedimos que el Espíritu Santo
nos sorprenda con el ardor y la fuerza que vienen de Él,
nos rejuvenezca y nos renueve como lo hizo con la Iglesia naciente.
Tu Espíritu renueve nuestra vida, nos traiga ternura y alegría
junto con apertura y acogida para con todos,
que nos fortalezca para defender y apoyar todo lo que es recto y justo.
El mismo Espíritu nos una en su amor y nos lleve a ti.
Todo esto te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

2. Antes de iniciar la lectura orante, nos reunimos en el lugar que hemos preparado para reunirnos como familia. Ponemos una Biblia abierta en Juan 20,19-23, flores, una cruz y una imagen de la Virgen. Una vez reunidos, un miembro de la familia dice la oración inicial. Invita a poner en común cómo estamos, cómo llegamos a este encuentro, qué esperamos de este día en que celebramos la presencia de Jesús entre nosotros y qué frutos aguardamos para nuestra vida.

3. Lectura

a) Una clave de lectura:

Todos soñamos un futuro en el que no tengamos miedo de realizar los proyectos por tanto tiempo aplazados por falta de valor para emprenderlos. También anhelamos el entusiasmo para realizar con alegría las tareas de cada día, para arriesgarnos a amar más a Dios y a los hermanos, sin condiciones ni vacilaciones. Pentecostés es el día en que esto puede comenzar a suceder,

porque hoy es el día del Espíritu, el día en que el viento huracanado renueva nuestro amor, el día en que el fuego divino nos trae alegría y libertad. Jesús resucitado derrama su Espíritu sobre nosotros para inflamar nuestros corazones con su luz y con su vida.

b) Texto: buscamos Juan 20,19-23 en nuestra Biblia. Un miembro de la familia proclama el texto.

4. Hagamos un momento de silencio orante para que la Palabra de Dios entre en nuestro corazón e ilumine nuestra vida. Volvamos a leer el texto y hagámonos parte de la escena. Entremos en ella como si fuéramos un personaje más del relato. Miremos la escena con los ojos de nuestra imaginación y gustemos de lo que vemos y oímos.

5. Pongamos en común lo que la lectura del texto nos sugiere. Podemos repetir la frase o la palabra que nos ha llamado la atención o nos resulta más significativa.

6. Breve comentario del texto

a) Una división para ayudar a la comprensión del texto

- a. Juan 20,19-20: El encuentro con el resucitado
- b. Juan 20,21: El envío apostólico
- c. Juan 20,22: La efusión del Espíritu
- d. Juan 20,23: El perdón de los pecados

b) Comentario

a. Juan 20,19-20: El encuentro con el resucitado. La aparición de Jesús resucitado en medio de los discípulos confronta dos realidades. Por una parte, el miedo y la cerrazón de los discípulos y por otra, la libertad del resucitado para salvar todas las barreras humanas y hacerse presente en medio de la comunidad. Según Juan, esto ocurre el mismo día de la resurrección. El resucitado en persona asegura una nueva forma de presencia

en la comunidad de discípulos. Así el resucitado se hace presente una y otra vez en un mundo cerrado para convertirlo con su acción en un mundo abierto. El miedo de los discípulos a los judíos nos hace pensar en el miedo y la cerrazón de la comunidad eclesial ante el mundo. Es deseable una “aparición de Jesús” que llene de vitalidad el presente de la Iglesia y del mundo. El resucitado saluda con el don pascual de la paz, siendo el primer don pascual. En ella está comprendida la reconciliación del mundo entero y que Jesús ha logrado con su muerte. La paz del resucitado es una realidad que el crucificado ha hecho posible por su sufrimiento y su muerte. Brota del sacrificio de Jesús, de su compromiso en la lucha contra el pecado. El pecado se traduce en la cerrazón que aísla y segrega a la persona ante Dios y los demás. La victoria pascual de Jesús sobre el mundo marca el triunfo sobre el pecado. Si el resultado habla de paz, es que la reconciliación ha sido efectivamente lograda. En el contexto del encuentro es importante que el resucitado se identifique. El resucitado es el mismo que murió en la cruz, y viceversa. Por eso muestra las manos y el costado. Las heridas de Jesús son su identidad. El Cristo resucitado y glorificado no ha borrado su historia terrena ni los padecimientos. Está marcado por ella para siempre, de tal modo que no pueden separarse el resucitado y el crucificado. La fe pascual cristiana no es una exaltación ilusoria de los padecimientos del mundo. Pero si, en medio de los padecimientos incomprensibles y absurdos del mundo, esta fe mantiene la esperanza de superar todas las penalidades. La tristeza de los discípulos se convierte en alegría. La alegría es el sentimiento central de la realidad pascual.

b. Juan 20,21: El envío apostólico. La aparición de Jesús, según Juan, es también el acto fundacional de la Iglesia en el envío de los discípulos. Jesús repite su saludo de paz y ello deja claro que la misión de los discípulos se caracteriza por la paz y la reconciliación. La misión tiene como fin transmitir al mundo entero la paz de Jesús. Los discípulos representan la Iglesia universal más que un grupo particular jerárquico al que se

hubieran entregado poderes especiales. El evangelio de Juan no se refiere a una jerarquía oficial ni facultades especiales. La misión es la participación de los dones de quien envía. Es decir, el enviado actúa es como si fuera el mismo que lo envió. El enviado representa a quien lo envía, que está su servicio y que, por lo tanto, posee al mismo tiempo la autoridad y los dones de quien lo envía. Según Juan, Jesús es el enviado y el revelador del Padre. Al delegar su propia misión quiere decir que la comunidad de los discípulos surge para proseguir la misma misión de Jesús en el mundo. No cabe una representación válida de Jesús si no se adopta su camino, su actitud de reconciliación, de renuncia al poder y dominio, tal como nos lo han mostrado el lavatorio de pies y todo el relato de la pasión. Por este motivo, la misión no puede entenderse en modo alguno la entrega formal y canónica de poderes eclesiásticos, ello significaría una limitación abusiva y caprichosa. La misión se desarrolla siempre según el criterio objetivo del modelo de Jesús. Es decir, está bajo la exigencia del servicio de Jesús. Y su servicio es de amor, de paz y de reconciliación. Por ello es que sigue el don del Espíritu.

c. Juan 20,22: La efusión del Espíritu. El resucitado comunica a la comunidad de sus discípulos el Espíritu Santo, el mismo Espíritu que lo ha movido durante su vida terrena. La comunicación del Espíritu es comunicación de la nueva vida, es la creación del hombre nuevo. Jesús es para humanidad el dador de vida plena. La fuerza para la misión recién encomendada.

d. Juan 20,23: El perdón de los pecados. La comunicación de la vida plena se concreta en el perdón de los pecados. Hoy, el perdón de los pecados parece ser un concepto muy distorsionado y a muchos no dice nada. En su origen indicaba una purificación de la vida, un nuevo comienzo con que se cerraba definitivamente el pasado sin que se tuviera en cuenta para nada. Pero no en un sentido mágico, sino de modo que la comunidad de discípulos ponía como fundamento de toda su acción, de su

testimonio y de su vida, la reconciliación operada por Jesús. Podríamos decir que el ofrecimiento universal de la reconciliación y de vida se trata de una amnistía general divina. El poder para perdonar los pecados se entrega a la Iglesia en su totalidad, de tal forma que todos los miembros comunidad participan de él. El perdón de los pecados es una consecuencia decisiva de la pascua y señala un nuevo punto de partida. En efecto, en la pascua, el Padre ha operado por medio de Jesús la reconciliación y la paz en sentido absoluto; por ello importa testimoniar esa paz como la nueva oportunidad de vida y ofrecerla a todo el mundo. Y para eso está la comunidad de discípulos. En el fondo todo creyente, que se sabe dotado de la vida nueva, de la vida plena, tiene la facultad de perdonar los pecados, en la vida diaria del mundo y ante la humanidad. Esto es difícil verlo por la concepción sacramental del perdón y, también por una concepción “comercial” del perdón que lo relaciona con prácticas piadosas para “alcanzar el perdón”. En el presente se trata de volver a expresar de un modo nuevo y convincente el ofrecimiento incondicional de la reconciliación en nuestras circunstancias concretas. El desafío sigue siendo la reconciliación obrada por Cristo vivida de tal modo que se realice y se haga creíble de un modo convincente por la comunidad de discípulos que, puesta al servicio del mundo y de la humanidad, opera la reconciliación y testimonia la vida plena ofrecida a todos.

7. Asumamos un compromiso para la semana. Pidamos al Espíritu Santo que mantenga nuestros corazones ardiendo siempre con el amor de Dios y al servicio de nuestros hermanos.

8. Oremos con el Salmo 103.

R/. Señor, envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra.

Bendice al Señor, alma mía
¡Señor, Dios mío, qué grande eres!
¡Qué variadas son tus obras, Señor!
¡La tierra está llena de tus criaturas!

Si les quitas el aliento,
expiran y vuelven al polvo.
Si envías tu aliento, son creados
y renuevas la superficie de la tierra.

¡Gloria al Señor para siempre,
alégrese el Señor por sus obras!
Que mi canto le sea agradable
y yo me alegraré en el Señor.

9. Oración final

Dios y Padre nuestro:
Hemos escuchado a tu Hijo Jesús
que nos ha dirigido su palabra.
El Espíritu Santo ponga fuego en las palabras de Jesús,
para que sigan ardiendo en nuestros corazones
y nos saquen de nuestra indiferencia.
El Espíritu Santo nos unja y nos impulse
a ser para los demás, pan que alimente
a nuestros hermanos y hermanas
en su caminar hacia ti, nuestro Dios de vida.
Todo esto te lo pedimos en nombre de Jesucristo, el Señor. Amén.